

«Oh Asarhaddón, rey del país, no temas. Este viento que sopla contra ti, me basta decir una palabra para que cese.

Tus enemigos huirán en cuanto te acerques, como cerditos en el mes de simanu.

Yo soy la gran señora, yo soy la diosa Istar de Arbela, la que destruye a tus enemigos en cuanto te acercas.

¿Qué orden te he dado en la que no hayas confiado? Yo soy Istar de Arbela.

Estaré al acecho de tus enemigos, te los entregaré. Yo, Istar de Arbela, iré delante de ti y detrás de ti. No temas.

Este oráculo es de la mujer Istar-la-tashiat de Arbela».

«Oh rey de Asiría, no temas. El enemigo del rey de Asiría lo entregará a la matanza (resto fragmentario) Este oráculo es de la mujer Sin-qisha-amur de Arbela».

«Me alegro con Asarhaddón, mi rey; Arbela se alegra. Este oráculo es de la mujer Rimute-allate de la ciudad de Darahuya, que está en las montañas».

«No temas, Asarhaddón. Yo, el dios Bel, te hablo. Observo los latidos de tu corazón, como haría tu madre, que te engendró.

Sesenta grandes dioses están junto a mí para protegerte. El dios Sin está a tu derecha, el dios Samas a tu izquierda. Los sesenta grandes dioses te rodean, preparados para el combate.

No confíes en los humanos. Levanta tus ojos y mírame. Yo soy Istar de Arbela; he vuelto hacia ti el favor de Asur. Cuando eras pequeño, te elegí. No temas. Alábame. ¿Te ha atacado alguna vez un enemigo y me he quedado quieta? Este oráculo es de la mujer Baia de Arbela».

«Yo soy Istar de Arbela, oh Asarhaddón, rey de Asiría. En las ciudades de Asur, Nínive, Cala, Arbela, te garantizaré muchos días, años sin término. Yo soy la gran nodriza que ayudó en tu nacimiento, la que te amamantó, la

que ha establecido tu dominio bajo los amplios cielos por muchos días, por años sin término. Desde la cámara dorada en los cielos me ocupo de ello.

Encenderé una lámpara ante Asarhaddón, rey de Asiría. Lo guardaré como a mí misma corona. No temas, rey. Te he entronizado, no te abandonaré. Te he animado, no te avergonzaré.

Te ayudaré a cruzar el río a salvo (...). Aniquilaré a tus enemigos con mis propias manos (...). Oh Asarhaddón, en Arbela soy tu buen escudo. Oh Asarhaddón, heredero legítimo, hijo de la diosa Ninlil, pienso en ti. Te quiero mucho. Este oráculo es la de la mujer Istar-bel-dayani»